



Su vida al teatro, un viaje sin guion



Son las ocho de la mañana y Alfredo Angarita inicia su rutina con una taza de café y una mirada rápida al correo electrónico. Afuera, su perrita Lulu y su pequeño Simón esperan impacientes su paseo matutino, mientras su gato Larry observa con indiferencia desde algún rincón de la casa. Alfredo, líder del área de Teatro en la Escuela Municipal de Artes (EMA), vive entre dos mundos: el de la cotidianidad y el de la escena, que es donde realmente siente que su vida cobra sentido.



Su jornada varía según la época del año. Ahora, en el inicio del semestre, las mañanas transcurren organizando grupos, coordinando horarios y asegurando que todo esté listo para los nuevos estudiantes. En las tardes, su tiempo es de ellos, respondiendo inquietudes, asesorando montajes y asegurándose de que cada proceso de formación teatral siga su curso. “El trabajo cambia según el semestre”, dice, sin asomo de queja. Lo dice con esa certeza de quien ama lo que hace.

Un destino marcado por el escenario

Pero si alguien le hubiera dicho en su adolescencia que terminaría siendo un referente del teatro en la ciudad, quizá no lo habría creído. En el colegio observaba los montajes teatrales de sus compañeros y pensaba que algo no estaba bien, pero tampoco se animaba a participar. “Me daba pena”, admite. Sin embargo, la vida –o quizá el destino, como suele suceder en el teatro– tenía otros planes.

Ingresó a la Universidad Autónoma de Bucaramanga, (UNAB), donde estudió Comunicación Social, pero el teatro lo encontró y ya no hubo vuelta atrás. En 1990 comenzó su trayectoria en los escenarios, y a partir de allí, todo se convirtió en una cadena de acontecimientos inesperados.

Formó parte de un grupo universitario que se propuso profesionalizarse en la medida de lo posible. Se presentaron a festivales, ganaron una beca y viajaron a Europa. En España, su talento llamó la atención de una compañía en Galicia, que le ofreció trabajo por tres meses. “Yo pensé que era de esas cosas que se dicen y no pasan, pero cuando regresé a Colombia, me llamaron. Me dijeron: ‘¿Vas a venir o no?’”

Alfredo se fue. Lo que serían tres meses se convirtieron en 20 años. Trabajó en Ourense, luego en Madrid, donde estudió en la Fundación Shakespeare de España y más tarde Dirección de Escena en la Escuela Superior de Arte Dramático de Murcia (Esad).



Mientras se formaba, trabajó en todo lo que el teatro requiere: desde barrer el escenario hasta dirigir montajes. “Eso es algo que siempre les digo a mis estudiantes: el teatro se vive con la misma entrega, ya sea en una sala para 10 personas o en el Teatro Santander. Se hace con la misma humildad y compromiso.”

El ritual del teatro y la enseñanza

Hoy, Alfredo no solo forma actores, sino que les transmite una filosofía de vida. Su enseñanza va más allá de la técnica actoral; busca que sus alumnos comprendan que el teatro no es solo el aplauso final, sino todo lo que ocurre detrás del telón.

En su poco tiempo libre, cuando la vorágine del teatro se lo permite, se refugia en el campo, en la lectura de ensayos sobre historia contemporánea o en tratados de actuación. Sus horas más creativas son bajo la ducha en la mañana o en la tranquilidad de la noche.

Si tuviera que ponerle un título a su vida, duda por un momento y sonríe. “Todavía no le tengo título a mi vida”, dice. Porque la vida, como el teatro, no siempre tiene un guion definido. Se construye escena por escena, con cada decisión, con cada paso que, sin saberlo, nos lleva de un lugar a otro. Como le ocurrió a él, que comenzó observando desde lejos los montajes escolares y terminó dedicando su vida a la escena.

Oficina de Prensa y Comunicaciones Escuela Municipal de Artes y Oficios de Bucaramanga -EMA-